

EL EJERCITO Y LOS MANZANILLOS

Capitán (r) ELIAS ESCOBAR S.



(Tomado de "EL ESPECTADOR" 1o. de Julio de 1964)

Es apenas explicable el hecho de que individuos que le han negado a su patria el sagrado e imperativo deber que todo ciudadano contrae de prestarle su servicio obligatorio, estén prevenidos siempre contra la Institución que han debido aprender a respetar y querer en los severos claustros del Cuartel.

Seguramente este sea el motivo que anima al senador Gilberto Moreno para exteriorizar su odio inveterado contra los militares de su país.

Las frases y conceptos que contiene el "libelo" publicado con gran despliegue tipográfico en "El Vespertino" y en El Espectador del día 3 de junio pasado, no tendrían importancia alguna, y podrían considerarse como otras tantas necesidades, que gentes irresponsables, por darse tono, lanzan a diario contra eminentes personalidades de nuestra Institución, tratando inútilmente de salpicar de lodo el uniforme de la República. Pero como no es la persona, sino la Institución, el objetivo de ese escrito infamante, es un deber profesional ineludible salir en su defensa, pues la humilde aceptación de las ofensas y agravios proferidos conduce irremediablemente a la pérdida del honor y a la esclavitud del espíritu.

El Ejército Nacional.

Colombia, a lo largo de su historia ha sido un país donde la virulencia política ha desatado grandes conflictos que en muchas ocasiones lo han tenido al borde de la ruina y la disolución.

En el siglo pasado, nueve guerras civiles azotaron nuestro territorio, desde los albores de la Independencia hasta 1902, en que terminó la cruenta lucha de los mil días.

El General Reyes, eximio gobernante que llegó al poder al finalizar la hecatombe concibió la idea de organizar un Ejército de carácter puramente nacional, que sirviera de muralla contra el desbordamiento de las pasiones políticas y como fórmula redentora para establecer una paz duradera.

Así, el 1º de junio de 1907 surgió de la Reforma Militar el **Ejército de Colombia**, cuya tradición gloriosa fue estructurada y modelada por los más calificados exponentes de la ciencia militar, los ilustres representantes de las Misiones Militares de Chile y Alemania. En los 57 años de existencia el Ejército ha cumplido fielmente la misión para la cual fue creado, en lo externo como guardián permanente de la soberanía, y en lo interno como verdadero sustentáculo de la paz. Sin la presencia decisiva de nuestra Insti-

tución no se hubiesen podido operar en la nación las grandes transformaciones políticas que desde 1930 se han realizado. Por eso causa extrañeza que un individuo que profesa ideas liberales esté en total contradicción con uno de los más esclarecidos varones del partido y gobernante extraordinario, el doctor Olaya Herrera, cuando en su programa presidencial expresaba su pensamiento sobre el Ejército, en los siguientes términos.

“Mi suprema aspiración sería contribuir de modo decisivo a colocar al Ejército de Colombia en la altura a que lo llaman sus tradiciones gloriosas; apartado por completo de toda política banderiza, de todo espíritu personalista, rodeado del respeto de la nación entera; que vea segura en las manos de todos los militares de Colombia la efectividad de la Constitución y de la Ley, y el honor intangible de la patria. Y que ese Ejército, dentro de las proporciones que aconseje nuestra situación interna o internacional, esté cada día en mejores condiciones morales y materiales; garantizada la situación de los jefes, oficiales y suboficiales que cumplan con su deber, mejorada la condición del soldado, plenamente dignificada la Institución por sus caracteres de probidad perfecta y de insospechable patriotismo”. Un Ejército así, es la mejor garantía de la República genuina”. Con este sabio y noble derrotero nuestro Ejército ha transitado siempre los senderos de honor y de la gloria.

El otro Ejército.

El país sabe perfectamente que la “monstruosa estructura que nos agobia y el organismo burocrático que vive exquisitamente engordando” -como afirma el señor Moreno- no es el Ejército Nacional, que, abandonando sus cuarteles y su instrucción normal, recorre los más apartados rincos

nes de nuestro territorio, cumpliendo una tarea ingrata de represión, en una desatinada lucha contra el bandolero cobarde, que después de asesinar niños, mujeres y ancianos huye a los bosques y montañas acechando criminalmente a las tropas. Que en lugar de la desolación y la muerte que deja el bandolero, el soldado devuelve la paz, la tranquilidad, la vida, ejecutando la obra más admirable: la reconstrucción de la patria, en campañas positivas: escuelas, centros de higiene, carreteras, caminos de penetración, puentes, etc. Con estas realizaciones le devuelve al contribuyente su esfuerzo, haciendo de nuestra institución un organismo eminentemente útil a su pueblo. De tal manera que la monstruosa estructura que agobia a la nación entera es otro “ejército”: el de los “MANZANILLOS”, este sí, es un verdadero organismo burocrático que vive exquisitamente engordando. La historia nos cuenta que hace por lo menos 20 años apareció en Colombia esta tremenda fuerza burocrática, cuyos efectivos reales supera todo cálculo; su sistema de lucha y objetivos son bien conocidos, apoderarse sistemáticamente de todos los organismos del Estado, medrar, influir, lograr, entorpecer y paralizar la acción de los poderes públicos.

Convirtiendo los cuerpos colegiados en verdaderas escuelas de adiestramiento y aplicación, donde los afortunados profesionales del manzanillaje escalan vertiginosamente las máximas posiciones, que la nación tiene reservadas a sus mejores hijos. En provincia realizan sorprendentes campañas reclutando sus huestes, que la forman la masa campesina, ignara, sencilla e ingenua, a la que fácilmente halagan, engañan y explotan. En esta forma coronan su procelosa carrera, llegando al capitolio de la República. Este sagrado recinto que en otra época se iluminaba, como el Senado de la an-

tigüedad, con el brillo de la inteligencia y sabiduría de hombres como Rojas Garrido, Miguel Antonio Caro, Rafael Uribe Uribe, José Vicente Concha, Antonio José Restrepo, Guillermo Valencia, Jorge Eliécer Gaitán y tantos otros varones ilustres que forjaron la nacionalidad colombiana.

El país ha mirado con espanto que en aquel lugar antes tan digno y respetable, en donde se escuchaban voces majestuosas que enaltecían la tribuna patria, se levanten ruidos estridentes cargados de odio y bajas pasiones que han incendiado a la República. Porque, confesémoslo de una vez, no infrinjamos más la historia este odio engendró la violencia y la violencia es el crimen. Este terrible flagelo que padecemos desde hace tantos años, no ha sido inspirado y ejecutado por los militares de Colombia que se forman dentro de la práctica de las más excelsas virtudes ciudadanas: patriotismo, honor, lealtad, valor y obediencia, sino por aquellos elementos irresponsables de la politiquería, que solo practican el odio, la deslealtad, la intolerancia y la imprudencia, estos vicios hondamente arraigados y que tanto mal han causado a la patria.

En busca de la paz.

Es curioso que en el momento en que nuestro Ejército, con decidida abnegación, disciplina y valor, en un largo proceso de instrucción, adiestramiento y técnica haya superado con éxito las dificultades que se le oponían en esta desatinada lucha contra el crimen y cuando está a punto de coronar su esfuerzo a costa de su propia sangre, conquistando para Colombia la más alta virtud de la civilización, que es la paz, se levanten en la Nación voces de recriminación y de odio contra la única Institución que en forma ejemplar viene cumpliendo su cometido sin exigir ninguna contrapresta-

ción, porque en los claustros militares no se conocen las ambiciones personales, las canonjías, el tráfico de influencias y la holgazanería; la disponibilidad del servicio es completa en los días ordinarios y de fiesta, lo mismo que en la noche; para el militar no existen viáticos ni dominicales, ni horas extras.

Estos son, en definitiva, los actores de esta controversia que la historia juzgará implacablemente.

Por un lado el Ejército Nacional estructurado y modelado dentro de los más severos principios de la disciplina, la técnica y la moral castrenses, que en los 57 años de existencia se ha ganado la confianza de su pueblo como fiel guardián de la soberanía y fuerte defensor del orden y de la autoridad del Estado.

Por otro lado, "La monstruosa estructura política de los "manzanillos" incrustada en las vértebras de la nación, deteniendo su progreso, obstaculizando la acción de los poderes y destruyendo la civilización con la práctica anquilosada y arcaica de las viejas costumbres políticas. Pero las naciones son grandes porque piensan, y Colombia, consciente de su grandeza, dictará el fallo definitivo en este juicio de responsabilidades. Ese el cambio de estructuras que el país necesita; al clamor popular se han sumado los pensamientos de los hombres más eminentes, con la voz autorizada del candidato doctor Lleras Restrepo. El país ha evolucionado y el estado moderno requiere el funcionamiento de organismos técnicos, competentes y hábiles que estimulen su progreso: los hombres son impotentes para fijar el porvenir, solo las "Instituciones eficientes" aseguran el destino de una nación. Es imperativo convertir nuestro Parlamento en la máxima de las instituciones, ya que de él salen las Leyes que regulan la buena marcha del Estado.

El caso de Francia.

Hacer de este organismo por su sabiduría técnica y eficiencia, el más grande factor de progreso y bienestar social, como genuino representante de los intereses legítimos del pueblo. Si en una verdadera democracia el poder viene del pueblo y este ejerce su soberanía, es a él a quien corresponde en última instancia esta trascendental determinación. La historia contemporánea nos muestra un elocuente ejemplo: el de Francia, este extraordinario pueblo tan vinculado a nosotros por sus enseñanzas y recuerdos, se ahogaba en la anarquía e inestabilidad política de la 3ª y 4ª Repúblicas; el manzanillaje político ejercido desde la Gran Asamblea Francesa, cambiaba el gobierno a su antojo; más de 24 gobiernos se sucedieron en los 12 años de la postguerra. En mayo de 1958 la crisis política amenazaba con la guerra civil, cuando hizo su aparición el hombre del destino: el Presidente Coty en un mensaje impresionante al Parlamento, decía: "En vista de que la nación está en los umbrales de la guerra civil, he decidido llamar al más ilustre de los franceses a que salve nuevamente a su patria; por lo tanto nombro al General De Gaulle, Primer Ministro". Este gran soldado, consciente de su misión histórica y no queriendo ejercer la dictadura, pidió al pueblo soberano que ejerciera su sagrado derecho democrático, y en un gran referéndum plebiscitario, por inmensa

mayoría de votos, se modificó el anticuado, conflictivo e inoperante sistema parlamentario. Desde esa época, Francia entró por el camino de la prosperidad y de la paz, colocándose nuevamente a la cabeza de las grandes potencias.

Por tales consideraciones, no es extraño que en esta controversia de ideas, planteada en alto nivel entre políticos y militares, haya resultado un gran contraste: mientras los primeros se aferran a las viejas costumbres del caciquismo político, volviendo la espalda a la realidad y al progreso, los militares olvidando el chafarotismo criollo del siglo pasado, han evolucionado a tono con el criterio moderno. De nuestro clásico general, ignorante y político, hoy tenemos al profesional moderno que combina las matemáticas con las ideas, en una sólida preparación de 33 años de estudios en la más compleja de las ciencias: el arte de la guerra. Por este motivo, nuestros políticos se asombraron cuando el General Ministro de Guerra, en homenaje reciente, habló el lenguaje franco, sincero y patriota que corresponde a un hombre que vive la realidad y analiza el porvenir de su patria. Los ejércitos modernos, conscientes de su misión y sólidamente estructurados, no están hechos para dar golpes de cuartel, y, para fortuna de Colombia, esta paradoja es un hecho indiscutible: mientras los políticos desatan la guerra, los militares ofrecen la paz.